

pero la elocuencia del orador, encendiendo sus ánimos como dice Teopompo, y acalorando su ambición, hizo sombra á todos los demas objetos: de manera que les quitó de delante de los ojos el miedo, su interés y su gratitud, entusiasmados con el discurso de Demóstenes por solo lo honesto. Pareció tan grande y tan admirable el efecto producido por su elocuencia, que Filipo envió inmediatamente heraldos á solicitar la paz: la Grecia toda se puso erguida en espectacion de lo que iba á suceder; se ofrecieron á la disposicion de Demóstenes, para obrar segun mandase, no solo los Generales, sino hasta los Beotarcas; y este fue el que dirigió todas las juntas públicas, no menos las de los Tebanos que las de los Atenienses, amado y respetado de unos y otros; no sin razon ni sobre su mérito, como observa Teopompo, sino con sobrada justicia.

Mas un hado superior en aquella agitacion de los negocios, y en el momento en que al parecer iba á llevar á su colmo la libertad de la Grecia, se opuso á todo lo hecho, y dió muchas señales de la futura adversidad. Entre ellas la Pitia reveló diferentes vaticinios; y se comenzaba á cantar un oráculo antiguo de las Sibilas:

¡O si la fiera lid del Termódonte

A manera de águila pudiese

Mirar de lejos puesto allá en las nubes!

Llora el vencido, el vencedor perece.

Dícese que el Termódonte es un riachuelo de Quereona, nuestra patria, que entra en el Céfiso; pero nosotros ahora no conocemos ningun arroyo que se llame de este modo, y solo inferimos que el que se llama Hemon se decia entonces Termódonte, y es el que corre junto al templo de Hércules, donde tuvieron su campo los Griegos: conjeturando que despues de la batalla, por haberse llenado el rio de sangre y de cadáveres, mudó este su nombre en el que

ahora tiene: aunque Duris dice que no era el rio que se llamaba Termódonte, sino que armando los soldados una tienda, y cavando con este objeto, encontraron una estatua pequeña de mármol con unas letras en que se significaba ser de Termódonte, que tenia en el regazo una Amazona herida; acerca de lo cual añade se cantaba otro oráculo que decia:

Aguarda, ó ave negra, la batalla

Que ha de tener de Termódonte nombre;

Y allí de carne humana tendrás copia.

Mas el determinar y asegurar qué es lo que hubo en esto es difícil. De Demóstenes se dice que confiado en las armas de los Griegos, y deslumbrado con las fuerzas y el ardor de tantos soldados que provocaban á los enemigos, ni permitió que se atendiera á los oráculos, ni que se diera oídos á los vaticinios; sino que sospechó que la Pitia *filipizaba*, y se recordó á los Tebanos el nombre de Epaminondas, y á los Atenienses el de Pericles, los cuales, teniendo todas estas cosas por pretextos del miedo, sin hacer cuenta de ellas, se decidian por lo que convenia. Hasta aquí compareció como un hombre eminente; pero en la batalla no hizo ninguna accion distinguida y que conformara con sus palabras, sino que abandonando el puesto, dió á huir ignominiosamente, arrojando las armas sin avergonzarse, como dijo Piteas, de la inscripcion que con letras de oro tenia grabada en el escudo: á la buena fortuna. Por lo pronto Filipo, haciendo burla con el desmedido gozo despues de la victoria, en un banquete que tuvo entre los cadáveres, en medio de los brindis cantó el principio del decreto de Demóstenes, llevando el compás con los pies y las manos,

Demóstenes Peamiense esto escribia; pero luego que estuvo sereno y consideró la grandezza del combate que habia tenido que lidiar, se pasó de la fuerza y poder de la elocuencia de un ora-

dor, que en la parte muy pequeña de un día le obligó á poner en riesgo su imperio y su persona. Llegó la fama de su nombre hasta el Rey de los Persas, el cual envió órdenes á los Sátrapas para que dieran dinero á Demóstenes, y le obsequiaran sobre todos los Griegos, como á un hombre que en las revueltas de la Grecia podia distraer y contener al Rey de Macedonia. Estas órdenes las vió mas adelante Alejandro, habiendo encontrado en Sardis las cartas de Demóstenes y los asientos de los Generales del Rey, por los que se descubrian las sumas de dinero que se le habian dado.

Despues de esta derrota de los Griegos, volviéndose contra Demóstenes los oradores que no eran de su partido, le citaron á dar cuentas, y le formaron causa; pero el pueblo no solo lo dió por libre de todo, sino que continuó honrándole, y confiándole otra vez por su zelo los negocios de gobierno: tanto que habiéndose traído de Queronea los huesos, y dádoseles sepultura, le encargó que pronunciara el elogio de los muertos, no llevando con abatimiento ni apocadamente lo sucedido, como lo escribe y celebra Teopompo, sino manifestando en el mismo hecho de honrar y apreciar tanto al consejero, que no estaba pesaroso de sus dictámenes. Pronunció pues Demóstenes el discurso; pero en los decretos escribió no su nombre, sino los de varios de sus amigos, no esperando buen agüero de su genio y de su fortuna: hasta que otra vez cobró ánimo con la muerte de Filipo, que falleció no habiendo sobrevivido largo tiempo á la victoria de Queronea; y esto parece que era lo que profetizaba el oráculo en el último de los versos,

Llora el vencido, el vencedor parece.

Supo Demóstenes con anticipacion la muerte de Filipo; y para preparar á los Atenienses á tener confianza de mejorar de suerte, se presentó alegre en

el consejo, significando haber tenido un sueño que le hacia pronosticar á los Atenienses sucesos muy prósperos; y de allí á poco parecieron los que traian la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron pues inmediatamente por la buena nueva, y decretaron coronas á Pausanias. Presentóse asimismo Demóstenes coronado con un rico manto, sin embargo de que no hacia mas que siete dias que habia muerto su hija, como lo dice Esquines para motejarle con este motivo, y censurarle de desnaturalizado: acreditándose en esto él mismo de poco generoso y de abatido espíritu, pues que tenia el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con entereza y resignacion. Por tanto yo, asi como no diré que hubiese sido bien hecho tomar coronas y sacrificar por la muerte de un Rey, que despues de haberlos vencido los trató con tanta mansedumbre y humanidad, porque sobre ser repugnante, manifiesta cierta vileza haberle acatado vivo y haberle hecho ciudadano; y despues cuando fue muerto por mano de otro no llevar moderadamente la alegría, sino saltar y hacer extremos de gozo, insultando á un difunto, como por una hazaña que se debiera á su valor, alabo y aplaudo en Demóstenes el que dejando á las mugeres las desgracias domésticas, las lágrimas y los lloros, hubiese hecho lo que creyó conveniente á la ciudad. Porque en mi concepto es de un ánimo verdaderamente social y esforzado, atendiendo siempre al bien comun, y subordinando los intereses y sucesos particulares á los públicos; el saber guardar en todo la dignidad y el decoro, aun mejor que los que hacen en los teatros los papeles de reyes y tiranos: pues que estos no lloran y ríen como quieren, sino como lo pide el paso y conviene al asunto. Fuera de esto, si se tiene por un deber el no abandonar y dejar sin consuelo al que gime en el infortunio, sino mas bien

usar de palabras que le conforten, y llamar su atención á asuntos mas lisonjeros, á manera de lo que hacen los facultativos con los que tienen mal de ojos, á quienes mandan que aparten la vista de los objetos resplandecientes y que reverberan la luz; y la vuelvan á los que tienen color verde y opaco, ¿cómo podrá procurar mejor el ciudadano su consuelo que haciendo mezcla, cuando la patria está en prosperidad, de los sucesos públicos y los domésticos, para que con los que son felices y de mayor poder se borren los infaustos? Hame movido á decir estas cosas el ver que Esquines en su oracion procura quebrantar y afeminar los ánimos, inclinándolos fuera de propósito á la compasion.

Las ciudades, inflamadas otra vez por Demóstenes, se sublevaron; y aun los Tebanos acometieron á la guarnicion con muerte de muchos, siendo Demóstenes quien les proporcionó las armas; y los Atenienses se preparaban para hacer la guerra con ellos. Ocupó con este objeto la tribuna Demóstenes, y escribió á los Generales del Rey en Asia para suscitar allí guerra á Alejandro, á quien trataba de muchacho y de atolondrado. Mas cuando, dejando arregladas las cosas de su reino, invadió en persona con grandes fuerzas la Beocia, se cortó ya toda aquella arrogancia de los Atenienses, y el mismo Demóstenes se quedó parado; con lo que los Tebanos, abandonados cobardemente de ellos, pelearon solos y perdieron su ciudad. Moviése con esto grande alboroto en Atenas, y se resolvió enviar á Demóstenes. Nombrado pues embajador con otros cerca de Alejandro, como temiese su enojo, retrocedió desde el Citeron, desertando de la embajada. Entonces Alejandro reclamó de los Atenienses que le enviaran diez de los demagogos, segun Idoméneo y Duris; ú ocho, segun los mas acreditados escritores de aquel tiempo, y fueron Demóstenes, Poliuncto, Esfaltes, Licurgo, Mi-

rocles, Damon, Calistenes y Caridemo. Con esta ocasion refirió Demóstenes la fábula de las ovejas que entregaron los perros á los lobos; atribuyéndose á sí mismo y á los otros demagogos ser los perros que defendian al pueblo; y viniendo á llamar lobo á Alejandro de Macedonia. » Vemos, añadió, que los » mercaderes cuando presentan muestra del trigo en » una escudilla, en aquellos pocos granos venden muchas fanegas, y vosotros no advertís que en nosotros loís entregados todos.» siendo Aristóbulo de Casandrea el que refirió estas particularidades. Conferencióse sobre este asunto; y hallándose en gran perplejidad los Atenienses, tomó Demades de los reclamados cinco talentos, y se ofreció á ir en embajada y pedir al Rey por ellos; bien fuera porque confiase en su amistad, ó bien porque esperase encontrarle ya como generoso leon, harto y satisfecho de matanza. Persuadióle en efecto Demades recabando el perdon de aquellos, y reconcilió con él á la ciudad.

Retirado que se hubo Alejandro, los otros se levantaron de ánimo, y Demóstenes quedó humillado y abatido. Despues, cuando el Esparciata Agis hizo algunas novedades y mudanzas, dió él tambien algun paso; pero al punto cayó, por no haber podido mover á los Atenienses, y tambien por haber muerto Agis; y haber sufrido descalabros los Lacedemonios. Tratóse en este tiempo la causa sobre la corona contra Cresifonte, intentada siendo Arconte Querondas, poco antes de la batalla de Queronea; pero que se juzgó diez años despues, siéndolo Aristofonte, y se hizo célebre mas que ninguna otra de las causas públicas, ya por la fama de los oradores, y ya tambien por la rectitud de los jueces; los cuales no hicieron el sacrificio de su voto contra Demóstenes á los enemigos de este, que eran los que entonces tenian el mayor poder en la ciudad por ser del partido Ma-

cedonio; sino que le absolviéron con tanta ventaja, que no tuvo Esquines en su favor ni la quinta parte de los votos: así es que al instante se salió de la ciudad, y pasó su vida en Rodas y en la Jonia, teniendo escuela de elocuencia. <sup>οιδαν η ανδριστος υπ</sup>  
 De allí á poco vino del Asia á Atenas Harpalo, huyendo de Alejandro, ya porque realmente sus negocios se hallaban en mal estado á causa de su dissipacion; y ya tambien por temer á este, que se habia hecho terrible á sus amigos. Acogiéndose pues al pueblo de Atenas, y poniéndose en sus manos con sus naves y sus bienes, al punto los demas oradores, puestos los ojos en la riqueza, estuvieron de su parte, y persuadian á los Atenienses que le admitieran y salvaran á un refugiado; pero Demóstenes al principio aconsejaba que se hiciera salir á Harpalo, y se guardaran de precipitar á la ciudad en la guerra por un motivo no necesario é injusto; y al cabo de pocos dias, habiéndose hecho el registro de los bienes que traia, viéndole Harpalo prendado de una copa de las del Rey, y que examinaba su hechura y su forma, le dijo que la sospesara y viera el peso que tenia de oro. Admiróse Demóstenes de lo doble que era, y preguntando cuanto valia, sonriéndose Harpalo: para tí, le dijo, valdrá veinte talentos; y apenas se hizo de noche le envió la copa con los veinte talentos. Fue Harpalo muy perspicaz en descubrir en él su ánimo codicioso del oro por su semblante, por la viveza de sus ojos y por el modo de dirigir sus miradas. No pudo pues Demóstenes resistir á esta tentacion, y así como plaza que admite guarnicion, se rindió á Harpalo; y al día siguiente arropándose muy bien el cuello con lana y con vendas se presentó así en la junta pública. Decíanle que se levantara y hablase, y él por señas daba á entender que tenia cortada la voz; pero algunos burlones decian con malignidad que aquella noche habia sido acometido no de angu-

na, sino de argentina, el orador. Por fin vino á informarse todo el pueblo del regalo y queriendo él defenderse y persuadirle, no le dió lugar moviendo grande gritería y alboroto; mas sin embargo en medio de aquella bulla se levantó uno y dijo con mucha chulada: ¿cómo es esto, ó Atenienses, no oireis al que tiene la copa? <sup>1</sup> Echaron entonces de la ciudad á Harpalo; y temiendo no se les pidiera cuenta de las alhajas usurpadas por los oradores, hicieron por la ciudad una rigurosa cala y cata, registrando todas las casas, á excepcion de la de Calicles Arrenide. Solo á la de este no permitieron que se llegara, por estar recien casado y hallarse ya dentro la esposa, como dice Teopompo.

Cediendo Demóstenes al torrente, escribió un decreto para que el Consejo del Areopago examinara este negocio, y los que le pareciera que habian delinquido sufrieran la pena. Condenado de los primeros por el consejo, se presentó en el tribunal; pero siendo la multa que se le impuso de cincuenta talentos, se le llevó á la cárcel; de la que de vergüenza, por lo feo de la causa, y tambien por enfermedad corporal que le hacia imposible sufrir el encierro, se dice haberse fugado sin sentirlo ó advertirlo unos, y ayudando otros á que no se sintiese. Cuéntase que cuando todavía estaba á corta distancia de la ciudad, notó que le seguian algunos ciudadanos del partido contrario, y quiso ocultarse; mas aquellos llamándole por su nombre, y llegándose cerca, le rogaron recibiera para el viage las cantidades que le llevaban, pues para esto las habian tomado en casa, y este era el motivo de haberle seguido; y al mismo tiempo le exhortaron á tener buen ánimo, y á no abatirse por

<sup>1</sup> En los convites el que tenia la copa, era el que daba el tono para las canciones, y todos esperaban en silencio á que empezase el canto.

lo sucedido; con lo qual todavía crecieron mas los lamentos de Demóstenes, y prorumpió en esta expresión: ¿cómo no lo he de llevar con pesadumbre, dejando una ciudad, donde los enemigos son tales, cuales no suelen ser en otros los amigos? Mostró en este destierro un ánimo apocado, deteniéndose lo mas del tiempo en Egina y Trecene; y mirando al Atica con lágrimas en los ojos, se refiere haber proferido voces indecorosas y poco conformes á los elevados sentimientos que habia manifestado en el gobierno: pues se dice que al perder de vista la ciudad, tendiendo las manos hácia el alcázar, exclamó: reina y señora de Atenas, ¿por qué te complaces en tres terribles fieras, la lechuza, el dragon y el pueblo? y que á los jóvenes que iban á verle y permanecian algun tiempo con él, los retraia de tomar parte en el gobierno, diciéndoles que si al principio se le hubieran mostrado dos caminos, el uno que condujese á la tribuna y á la junta pública, y el otro opuesto á la sepultura, sabiendo ya los males que acompañan al gobierno, los temores, las envidias, las calumnias y las rencillas, sin detenerse se habria arrojado á la que mas presto le condujese á la muerte.

Cuando aun se hallaba en este destierro que hemos dicho, murió Alejandro, y se trató de sublevar de nuevo á los Griegos, mostrándose Leostenes, hombre esforzado, y encerrando á Antipatro en Lamia, ante la que corrió un muro; pero Piteas el orador y Calimedonte de Carabis, huyendo de Atenas, abrazaron el partido de Antipatro, y corriendo las ciudades con los amigos y embajadores de este, impedian á los Griegos el rebelarse y dejarse seducir de los Atenienses. Demóstenes, incorporándose por sí mismo con los embajadores de Atenas, se esforzaba y trabajaba con ellos para que las ciudades se arrojaran sobre los Macedonios, y los echaran de la Grecia; y en Arcadia dice Filareo que riñeron y se denostaron Piteas

y Demóstenes, hablando en la junta pública el uno por los Macedonios y el otro por los Griegos. Cuéntase haber dicho en esta ocasion Piteas que así como cuando vemos que se lleva leche de burra á una casa, al instante pensamos que precisamente hay alguna enfermedad, del mismo modo no puede menos de estar doliente una ciudad adonde llega una embajada de los Atenienses; y que Demóstenes convirtió la comparación, diciendo que la leche de burra se da para la salud, y tambien los Atenienses buscan con sus embajadas salvar á los enfermos; lo que fue tan del gusto del pueblo de Atenas, que decretó la vuelta de Demóstenes. Escribió el decreto Demon Peaniense, sobrino de Demóstenes, y se le envió una galera á Egina. Desembarcó en el Pireo, y no quedó ni Arconte, ni sacerdote, ni nadie que no saliese á recibirle, sino que acudieron todos, y le dieron las mayores muestras de aprecio: diciendo Demetrio de Magnesia que entonces tendió al cielo las manos, y se dió el parabien de aquel dichoso día; por cuanto su vuelta era mas lisonjera que la de Alcibiades, recibiendo los ciudadanos por movimiento propio, y no violentados de él. Tenia sin embargo sobre sí la pena pecuniaria, porque no habia facultad para remitir una condenacion; y lo que hicieron fue eludir la ley: porque siendo costumbre en el sacrificio de Júpiter Conservador dar una cantidad á los que componian y adornaban el altar, le dieron este encargo á Demóstenes, graduándole por él cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

Mas no gozó por largo tiempo de esta vuelta á la patria; sino que traidas al mas infeliz estado las cosas de la Grecia, en el mes llamado Metagitnion fue la batalla de Cranon; en el de Boedromion se puso guarnicion en Muniquia, y en el de Puanepsion murió Demóstenes de esta manera. Apenas se tuvo noticia de que Antipatro y Cratero se acer-

caban á Atenas, Demóstenes y los de su partido se salieron de la ciudad, y el pueblo los condenó á muerte siendo Demades quien escribió el decreto. Esparcieron por diferentes partes; y Antipatro envió gente que los prendiese; de la que era caudillo Arquías llamado *cazafugitivos*. Era este natural de Turio, y se decía que por algun tiempo habia representado tragedias; añadiéndose que Polo de Egina, muy superior á todos en el arte, habia sido su discípulo Arquías. Hernispo pone á Arquías en la lista de los discípulos del orador Lacrito; y Demetrio dice que acudió tambien á la escuela de Anaximenes. Arquías pues al orador Hiperides, á Aristónico de Maraton y á Himerao, hermano de Demetrio Falereo, que en Egina se habian refugiado al templo de Ajax, los sacó de allí y los envió á Cleonas á disposición de Antipatro, y allí se les quitó la vida; diciéndose que ademas á Hiperides le arrancaron la lengua.

En cuanto á Demóstenes, sabedor Arquías de que se hallaba en la isla de Calauria refugiado en el templo de Neptuno, se embarcó en un trasporte con algunos Tracios de los de la guardia, y llegado allá le persuadía á que saliera del asilo, y se fuera con él á la presencia de Antipatro, de quien no tenia que temer ningun duro tratamiento. Hacia la casualidad que Demóstenes habia tenido entre sueños aquella misma noche una vision extraña, porque le parecia que estaba compitiendo con Arquías en la representacion de una tragedia; y que sin embargo de hacerlo bien, y haber ganado el auditorio, por falta del aparato y coro convenientes era vencido. Hablábale Arquías con la mayor humanidad, y él, volviéndose á mirarlo sentado como estaba: ni antes, ó Arquías, le dijo, me moverás con las promesas; y como irritado Arquías empezase á hacerle amenazas, ahora hablas, le

repuso, desde el trípode Macedónico, lo de antes era representado: aguardarás un poco mientras escribo algunas letras á los de casa. Dicho esto, se entró mas adentro; y tomando un cuadernito como si fuera á escribir, se llevó á la boca la caña y la mordió, segun lo tenia de costumbre mientras pensaba y escribia: estuvo así algun tiempo, y cubriéndose despues la cabeza, la reclinó. Con este motivo los guardias que estaban á la puerta se burlaban de él, creyendo que tenia miedo, y le trataban de afeminado y cobarde; pero Arquías, llegándose á él, le instaba á que se levantase, y le repetía las mismas expresiones de antes, queriendo hacerle entender que podia tenerse por reconciliado con Antipatro. Conociendo ya entonces Demóstenes que el veneno habia penetrado bien adentro y hacia su efecto, se descubrió, y fijando la vista en Arquías: «ya podrás apresurarte,» le dijo, á representar el papel que hace Creonte en «la tragedia, arrojando este cuerpo insepulto; y yo,» «continuó, ó venerable Neptuno, salgo todavia con «vida de tu templo; pero de Antipatro y los Macedonios ni siquiera este ha quedado puro y sin ser «atropellado;» y al decir estas palabras pidió que le sostuvieran, convulso ya y sin poder tenerse: tanto que al mover el pie para pasar del ara, cayó en el suelo, y lanzando un sollozo, espiró. mos nullo Aristón dice que tomó el veneno de la caña, como hemos sentado; pero un tal Papio, cuya historia copió Hermipo, escribe que al caer junto al ara, en el cuaderno se encontró escrito este principio de una carta: Demóstenes á Antipatro; y nada mas, y que maravillándose todos de una muerte tan súbita, habian referido los Tracios que estaban á la puerta que tomando el veneno de un trápo, lo puso en la mano, lo acercó á la boca y lo tragó, creyendo ellos que era oro lo que habia tragado; y la sirvienta que le asistia; preguntada por Arquías, respondió que

hacia tiempo llevaba Demostenes consigo aquel atado como un amuleto ó preservativo. Mas el mismo Eratóstenes dice que tenia guardado el veneno en una cajita que servia de guarnicion á un brazalete de que usaba. No hay necesidad de seguir las demas variaciones que se hallan en los autores que han escrito de él, que son muchos; y solo se advertirá que Demócates, deudo de Demóstenes, es de sentir que este no murió de veneno, sino que por amor y providencia de los dioses fue arrebatado á la crueldad de los Macedonios con una muerte repentina y exenta de dolores. Murió el dia diez y seis del mes Puanepsion, que es el mas lúgubre de los de la fiesta de Ceres, en el que las mugeres ayunan en honor de la Diosa sin salir de su templo. Túvole al cabo de poco tiempo el pueblo de Atenas en el honor debido, erigiéndole una estatua de bronce, y decretando que al de mas edad de su familia se le mantuviese á expensas públicas en el Pritaneo, é hizo grabar en el pedestal de la estatua aquella inscripcion tan sabida,

Si hubiera en tí, Demóstenes, podido

El valor competir con el ingenio,

No habria el Macedon mandado en Grecia!

porque los que dicen que el mismo Demóstenes la compuso en Calauria, cuando iba á tomar el veneno, deliran completamente.

Poco antes de haber ido yo á Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado á quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado á juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua que tenia los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, ó porque el viento casualmente las derribara, ó porque el mismo que puso el dinero lo ocultara con ellas: ello es que así estuvo escondido el dinero por largo tiempo. Cuando volviendo el soldado lo encontró y corrió la voz de este suce-

so, muchos ingenios tomaron de aqui argumento para defender á Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí, escribiendo epigramas. A Demades, que no gozó largo tiempo de su brillante gloria, la venganza debida á Demóstenes lo llevó á Macedonia á ser justamente castigado por aquellos mismos á quienes habia adulado vilmente: pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no habia como librarse. Porque se ocuparon cartas suyas por las que instaba á Perdicas á que invadiese la Macedonia y salvara á los Griegos, colgados, decia, de un hilo podrido y viejo, queriendo significar á Antipatro. Estándole acusando de este crimen Dinarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató á un hijo en sus propios brazos, y en seguida dió orden de que tambien le quitaran la vida; demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no habia querido creer, anunciándoselo Demóstenes muchas veces. Aqui tienes, ó Sosio, la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leído, ó de lo que ha llegado á nuestros oídos.